

Ángel Gómez Moreno. *Breve historia del medievalismo panhispánico. (Primera tentativa)*. Madrid, Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, Medievalia Hispanica, 2011. 219 pp.

Este libro incluye una relación representativa de las obras y autores que han marcado un hito en los estudios hispanomedievales desde sus orígenes hasta nuestros días. El texto consta de 28 capítulos, un apéndice, compilado por Álvaro Bustos Táuler —que lleva por título “Una bibliografía selecta del hispanomedievalismo”—, un índice onomástico y un índice general. Nos hallamos ante un texto muy útil y deliberadamente conciso. Ángel Gómez Moreno (GM) declara que su libro es una *primera tentativa* y que la bibliografía que figura en el apéndice es *selecta*; el autor se propuso “poner un poco de orden en nuestra especialidad” (7) siguiendo un doble criterio: “cronológico y geográfico”. El resultado “es una guía que tiene no poco de panorama o *survey*, de vademecum o *companion*, que recuerda mucho a los inefables *Who is who* y hace las veces de *status quaestionis* con relación a los estudios de la literatura española y las literaturas hispánicas del Medievo” (7). El lector encontrará un doble método de aproximación a la obra de GM: bien puede complacerse en la lectura de la historia del hispanomedievalismo o bien puede informarse sobre los estudios críticos de los que GM da cuenta en las eruditas notas a pie de página.

Entre los capítulos 1 y 15 de la *BHDM* tenemos un ejemplar trazado de las obras clave, no siempre exentas de errores, que han marcado la historia bibliográfica del medievalismo hispano. Cinco son los autores (y sus seguidores) a quienes se dedica capítulo aparte: Tomás Antonio Sánchez, Amador de los Ríos, Marcelino Menéndez Pelayo, Ramón Menéndez Pidal y Martín de Riquer. GM declara que, ya en el s. XVI, Alvar Gómez de Castro, Gonzalo Argote de Molina, Diego Hurtado de Mendoza, y Fernando de Herrera marcan los orígenes del hispanomedievalismo en el sentido que hoy damos a este término; en su opinión, “lo que ocurrió en la España del s. XVI no tiene parangón [...] intelectuales y artistas convinieron en que el Cuatrocientos caía dentro de una larga noche histórica que había durado un milenio aproximadamente” (28); incluso en la obra de Ambrosio de Morales “aunque algunos españoles quedan a salvo de sus dardos retóricos, las más de las veces Morales coincide con tantos otros intelectuales al vilipendiar a cuantos vivieron en los siglos medios” (29).

GM pasa cumplida revista a los logros y desaciertos de las obras angulares de los bibliógrafos pioneros del hispanomedievalismo; entre ellos incluye a autores hispanos y extranjeros, como Nicolás Antonio Nicolás, Juan Antonio de Zamácola, Valerius Andreas Taxander, Andreas Schott, Conrad von Gesner, Antonio Posseevino y Pedro de Ribadeneira. En el s. XVIII, destaca GM el impulso de la Academia y el impacto que Nicolás Antonio tuvieron en los ambiciosos proyectos de los hermanos Rodríguez Mohedano, quienes carecían de las herramientas básicas y que contrastan con el rigor y los esfuerzos del padre Sarmiento por llegar directamente al libro. GM ofrece un nutrido grupo de nombres y obras y menciona que la utilidad de las observaciones de los dieciochistas sobre la Edad Media “merece una biografía de conjunto que aún no se ha escrito (30)”.

La erudición y claridad de ideas de GM son encomiables y plausibles en todo el libro, muy especialmente en la selección de obras del s. XIX, en las que GM destaca el aliento que los filólogos y medievalistas europeos, particularmente los alemanes, le infundieron al hispanomedievalismo. También las instituciones del s. XIX tienen cabida en la obra de GM; la creación de la Biblioteca Nacional, el Archivo y Biblioteca de la Real Academia de la Historia; esta última, observa GM, “aportó un caldo de cultivo idóneo para el desarrollo de los estudios sobre la Edad Media, en los que los propios facultativos tenían muchísimo que decir” (52). Todos estos esfuerzos para proporcionar los útiles necesarios para labrar el campo culminaron en el XIX con la *Historia y crítica de la literatura española* (1861-1865) de José Amador de los Ríos, al cual, y a su legado, les dedica GM el séptimo capítulo, lugar en el que también los estudios de literatura medieval catalana encuentran un lugar prominente. El auge y fascinación por el Medievo alcanzaron su plenitud a fines del XIX, pero, como afirma GM, “el medievalismo estético tendría un rápido final a causa de las vanguardias, que sintieron idéntico desprecio por cierto tipo de orientalismo, por el regionalismo y el historicismo” (53). El capítulo 8, que versa sobre Marcelino Menéndez Pelayo y sus discípulos, se habría beneficiado de una nota aclaratoria sobre Ramón Menéndez Pidal, indicando que más adelante se le dedicará un capítulo entero, el número 10, a don Ramón. La escueta mención a “nada menos que Ramón Menéndez Pidal” (64) crea un suspense innecesario en la lectura ya que, además, el noveno capítulo trata de los primeros hispanistas extranjeros. Llegados al siglo XX, GM contrasta el auge de estudios

filológicos, con anterioridad a 1936, con el éxodo de hispanomedievalistas tras la Guerra Civil; esta última “supuso la división de la Escuela Española de Filología, marcadamente pidaliana en origen, en dos grupos: el del interior y el del exilio” (90). GM se refiere a vencedores y vencidos con ecuanimidad y destaca, por ejemplo, que Antonio Ballesteros Beretta, “siguió su propio camino al margen de tendencias y banderías, resaltando los lazos que unen las letras catalanas del Medioevo con la cultura hispánica en su conjunto, y ésta con la europea” (92).

El contenido de los capítulos 15 al 22 es tan ambicioso o más que el de los precedentes. De una forma ordenada, clara, concisa, orientadora, y, a grandes rasgos, GM pasa revista a los estudios y estudiosos que, más allá de las fronteras peninsulares, han enriquecido nuestro conocimiento de la literatura, la lengua, el folklore, y la música de Edad Media peninsular. A muchos de ellos, como bien reconoce GM, les debemos el resurgir del medievalismo en España; podríamos citar cientos de nombres que, alfabéticamente, se encuentran entre la “A” del nombre de Alan Deyermond y la “W” del apellido de Lillian von der Walde Moheno. El lector encontrará en la *BHDMP* una referencia a la mayoría de los hispanomedievalistas que trabajan o han trabajado en Norteamérica, Inglaterra, Francia, Italia, Portugal, Centroeuropa, Hispanoamérica e Israel. Los capítulos finales, 23 a 28, incluyen una cumplida puesta al día de “La especialidad en España a día de hoy”, una presentación clara de las nuevas corrientes desarrolladas en las últimas décadas y una esperanzadora, triunfante y bien documentada mención a “Los grandes asuntos”. GM da un golpe mortal a la estulta hispanofobia de R.R. Bolgar y John Edwin Sandys que tantos prejuicios crearon en la primera mitad del s. XX sobre la cultura española.

Todavía hay mucho por hacer y mucho por descubrir en el Medioevo español y GM da algunas pautas para ello. Entre los extraordinarios hitos del hispanomedievalismo del s. XX, GM destaca, entre otros, el descubrimiento del *Pergamino Sharrer*, la *Celestina* de Palacio y la reconstrucción de la historia del *roman* peninsular; y aunque, como afirma GM, el hispanomedievalismo ha privilegiado consistentemente dos obras: las *Coplas* de Jorge Manrique y *La Celestina* mientras que “Las demás obras del Medioevo literario español hubieron de sobreponerse al olvido, superar cribas y esperar a que alguien — con la curiosidad formación y clarividencia necesarias — las fuese reivindicando [...] La historia de la recuperación (en su sentido más

amplio) de la literatura española medieval coincide punto por punto con la historia del hispanomedievalismo” (26)

No hay duda de que el libro de GM es un manual didáctico destinado fundamentalmente a jóvenes investigadores; quienes ya no somos tan jóvenes también encontramos en él datos muy útiles y reconocemos en él el principio de una historia que estaba por escribir. Mientras nos cuenta la historia, GM se deleita en el camino, paladea el lenguaje, aunque a veces la copiosa narrativa entorpece la diligencia deseable en una guía didáctica; pero este es un mal menor, sobre todo si tenemos en cuenta los beneficios que extraemos de la lectura. Asimismo, encontramos en la obra otra esquirra subsanable: la falta de un índice temático que remitiese directamente a las literaturas documentadas: catalana, gallego-portuguesa, portuguesa, latina, árabe y hebrea. Los índices de la *BHDMP* no ayudan en esta tarea. Asimismo, el índice temático y los títulos de los capítulos no son uniformes: unos autores se citan solo por el primer apellido “Sánchez” (cap. 5); otros por los dos apellidos “Menéndez Pelayo” y “Menéndez Pidal” (caps. 8 y 10); y otros con el nombre completo: “Amador de los Ríos” y “Martín de Riquer” (caps. 7 y 14). Este detalle no se ha escapado a la autoridad de GM, quien promete una continuación de la *BHDMP* y agradece sugerencias. No entro en la omisión o inclusión de nombres dentro de la *BHDMP*, este es un cometido en proceso de GM que, sin duda llegará a buen fin.

En resumen, contra los malos vientos administrativos que acoisan a los programas de estudios medievales en las universidades norteamericanas, la *BHDMP* demuestra que en los treinta y tres años que median entre esta obra y el volumen I de la *Historia y crítica de la literatura española*, editado por Alan Deyermond, los estudios medievales han crecido formidablemente en ambos hemisferios del planeta. En estas tres décadas de revolución cibernética y exhaustivo trabajo editorial se han puesto años luz de distancia en cuanto a la fiabilidad y cantidad de información disponible para los medievalistas de las dos últimas generaciones. Las búsquedas en los ya casi desaparecidos ficheros de tarjetas escritas a mano son ya tan remotas que parecen pertenecer al Medioevo. La caligrafía decimonónica, el grueso calibre del punto de la pluma fuente con la que estaban escritas aquellas fichas y las marcas de los dedos índice y pulgar en el ángulo superior derecho de las mismas sirven para fechar una era que experimentó una primera modernidad con las tarjetas escritas a máquina. Desde entonces,

los recursos electrónicos, las ediciones críticas de textos hasta ahora carentes de ellas, los esfuerzos por ubicar la literatura medieval castellana en el contexto de las literaturas en otras lenguas peninsulares y europeas, el número y calidad de congresos de hispanomedievalistas, las asociaciones y revistas especializadas en la Edad Media peninsular, y el sinfín de recursos de los que hoy disponemos requerían esta primera tentativa de catalogación que ha llevado a cabo Angel Gómez Moreno, cuyo sucinto libro anticipa una obra monumental. Hoy en día, los números regulares y monográficos de las revistas especializadas en la Edad Media, se han establecido como foros indispensables para los hispanomedievalistas, quienes, además, contamos con una gran gama de recursos bibliográficos y revistas electrónicas. Al extraordinario arsenal de investigadores citados por GM, tenemos que sumar los resultados del trabajo de los equipos de investigación de las Universidades dispersas por todo el mundo (Santiago de Compostela, Valencia, Granada, León, Zaragoza y Salamanca, Virginia, California, Washington DC, Maryland, North Carolina, Massachusetts, Nueva York, Oxford, Paris, Berna, Roma...y muchísimas otras), y tenemos que tener en cuenta los numerosos proyectos relacionados con temas específicos del Medievo peninsular, como el Camino de Santiago, el Camino de la Lengua, el Camino del Cid y otros similares. Cada uno de estos foros de investigación ratifica, lo mismo que el *BPDMP*, la buena salud de nuestra profesión, y el prolífico trabajo de los medievalistas repartidos por todo el mundo justifica la necesidad de continuar (quizá incluso en equipo) la obra de GM. Necesitábamos tener una visión de conjunto y, aunque la *BHDMP* sea apenas una primera tentativa, su reciente publicación es heroica y muy de agradecer.

CARMEN BENITO-VESSELS
ANLE y Universidad de Maryland

María Josefina Regnasco. *Crisis de civilización. Radiografía de un modelo inviable*. Buenos Aires: Ediciones Jorge Baudino Ediciones, 2012, 175 p.

En su calidad de filósofa y docente, María Josefina Regnasco realiza en esta obra una disección sincrónica en el *corpus* (en el “cuerpo”, nunca mejor dicho) de la Modernidad. Ese “corte” de la